

Los pueblos *aborígenes* y el mundo natural

Desde nuestra cultura occidental, a menudo olvidamos que hay otras formas de vivir en el planeta. Frente a las sociedades tecnocráticas en las que el vínculo con la naturaleza es puramente extractivo, hay numerosos pueblos indígenas (más de 400 millones de personas) cuya relación con el medio natural es sostenible y más respetuosa. Viven con la naturaleza, no frente a ella. En occidente tenemos mucho que aprender de esta relación para hacer frente a la profunda crisis ambiental que vivimos.



Canguro. Pintura rupestre de los aborígenes australianos donde aparece representado un canguro junto a una figura humana / Thomas Schoch. Wikipedia



Javier
Sánchez
Almazán

Los pueblos aborígenes: adaptación y supervivencia

Los pueblos aborígenes son los originarios de un determinado territorio, donde han vivido por un tiempo prolongado y desarrollado su cultura, que mantienen viva. Se denominan también pueblos autóctonos, indígenas o nativos. Actualmente existen cerca de 400 millones de aborígenes en el mundo, repartidos por todos los continentes, incluida Europa, donde subsiste en el lejano norte, en tierras de Laponia, el pueblo sami. Su existencia se ha visto profundamente transformada por su contacto con la civilización moderna, pero muchos viven aún de acuerdo a los principios de su cultura y sus tradiciones ancestrales o se esfuerzan en hacerlo. La vida de estos pueblos se desarrolla en plena naturaleza, de la que dependen por entero para subsistir. En consecuencia, han adquirido un amplio conocimiento del mundo natural, del que obtienen todo lo que necesitan y también los elementos que nutren sus creencias y mitos y configuran su cosmovisión.

¿Culturas primitivas? Sólo pueden considerarse así desde los patrones de una civilización, la nuestra, que en su vertiginoso crecimiento, para bien y para mal, no sólo ha perdido contacto con el medio natural, al cual ha degradado hasta extremos suicidas, sino que ha empezado a cuestionar la propia esencia de ser humano. Los pueblos aborígenes son, en relación a su contexto, un ejemplo de cómo nuestra especie es capaz de sobreponerse a todos los obstáculos y hallar soluciones creativas y geniales a los problemas más variados. Todos ellos han desarrollado técnicas y han creado instrumentos, utensilios y armas que les permiten cazar, construir sus viviendas, trasladarse y explotar los recursos a su alcance. Veremos aquí unos pocos ejemplos, que expresan esta perfecta adecuación al medio.

En torno al Ártico, en la región de Canadá, habitan los inuit (llamados en otro tiempo esquimales), un pueblo que ha sabido sobrevivir en un medio extremadamente hostil, donde el hielo forma parte del paisaje la mayor parte del año. Esta supervivencia la han logrado gracias a su talento para crear todo tipo de innovaciones técnicas. Así, el kayak y el trineo tirado por perros, para sus desplazamientos en agua o tierra, respectivamente, o las raquetas de nieve. También las gafas de hueso, de ranura estrecha, para amortiguar la intensa reflexión del hielo, el arpón de punta móvil y la técnica para elaborar prendas de pieles de zorro ártico o caribú. O el iglú, la vivienda construida con bloques de hielo en cuyo interior la temperatura puede alcanzar 40° C más que en el exterior.

Los pueblos autóctonos norteamericanos crearon centenares de culturas diferentes y otras tantas lenguas. Muchos de ellos desaparecieron ante el imparable avance blanco durante la expansión de los Estados Unidos. Otros han subsistido, reducidos dramáticamente en número y en la extensión de sus territorios. Algunos, como los iroqueses, ocupaban originariamente la región boscosa, de bosques caducifolios, situada entre Canadá y Estados Unidos, en la zona de los Grandes Lagos, explotando los recursos forestales, obteniendo pieles de numerosos animales, como los castores, y también cultivando determinados vegetales, entre ellos el girasol. Utilizaban la corteza de

●●
Los pueblos aborígenes se encuentran acosados hoy por el mundo moderno. Presiones políticas, geoestratégicas y económicas amenazan sus culturas y la propia supervivencia de sus poblaciones

Familia inuit en King Island en 1906
/ National Geographic, 1917





Representación de la caza del búfalo ilustrada por George Catlin en 1830

Retrato del jefe iowa, Nube blanca pintado por George Catlin entre 1844 y 1845



algunos árboles, como el olmo, para techar sus viviendas (las llamadas cabañas largas); también para fabricar sus canoas. Otros pueblos, como los lakotas (sioux), se extendían por las Grandes Llanuras, un ecosistema de pradera, donde se desplazaban siguiendo la migración del bison, básico para ellos, pues de él extraían cuanto necesitaban: desde la piel para hacer sus tiendas (los tipis) o confeccionar su ropa y todo tipo de prendas hasta los huesos y tendones que usaban para coser. Los caballos llevados por los españoles transformaron radicalmente su modo de vida, facilitando sus desplazamientos y el transporte en esas inmensas extensiones. En el Suroeste, en un ambiente desértico o semidesértico, han habitado desde hace más de mil años los navajos, pueblo adaptable que aprendió las artes de la ganadería, de la confección textil y de la platería con la llegada de los españoles. En el Noroeste, en la Columbia Británica y Vancouver, una región de frondosos bosques de coníferas, habitaban los nootka, chinook y otros muchos pueblos, dedicados a la caza, que incluía la ballena, la pesca del salmón y la recolección de toda clase de frutos del bosque.

●● *Los usos que hacen de las plantas silvestres para la sanación y otras aplicaciones a menudo han sido utilizados por las grandes compañías farmacéuticas y químicas para aprovecharse de esa sabiduría y patentar como propias sus aplicaciones*

●● *Sus imágenes, plasmadas en objetos de uso cotidiano o de significado ritual, revelan un sentido estético notable que ejerció su influencia en figuras tan destacadas como Picasso, Archipenko, Modigliani o Gauguin*

En Suramérica, en la selva amazónica, subsisten entre 300 y 400 pueblos, de los que los yamomamis son uno de los más conocidos. Muchos de ellos se sirven para cazar de cerbatanas con dardos impregnados con curare, sustancia con una potente neurotoxina procedente de diversas plantas: en Suramérica se extrae de *Strychnos toxifera*. También usan para pescar otra planta, el timbó (*Enterolobium contortisiliquum*), de propiedades narcóticas, que echan en los arroyos para aturdir a los peces, que después recogen.

Ya en África, perduran diferentes pueblos autóctonos. Los san (antiguos bosquimanos), los masai, los fang de Guinea Ecuatorial y los dogón de Mali son algunos ejemplos. Los san, pueblo sufrido donde los haya, el más antiguo de África, vivían tradicionalmente de la caza de los antílopes, a los que perseguían incansablemente durante grandes distancias tras herirlos. Hoy viven relegados a diversas zonas del desierto de Kalahari, donde aprovechan todos los recursos a su alcance, entre ellos los huevos de avestruz, que usan como recipientes para el agua. Por su parte los masai subsisten

en diversas zonas de Kenia y Tanzania, donde han visto reducido su territorio desde la época colonial británica y más tarde, con la creación de varios Parques Nacionales emblemáticos, como el Masai Mara y el Serengeti. Pueblo pastor, en otro tiempo la caza del león era la prueba que marcaba el paso a la edad adulta de los jóvenes del poblado.

Los aborígenes australianos son uno de los pueblos autóctonos más antiguos: llevan miles de años viviendo en Australia. Allí han desarrollado un poderoso instinto de supervivencia que incluye la caza de todo tipo de animales, desde canguros, para lo que se sirven del bumerán, a varanos y cocodrilos, además del aprovechamiento de tubérculos, raíces y otras muchas partes de los vegetales que crecen en su medio.

Nombrar y clasificar

El conocimiento del medio natural de los pueblos aborígenes va más allá de un aspecto puramente utilitario. Abarca también la ordenación de las plantas y animales de su entorno y el uso de nombres que identifican unas y otros diferenciándolos de especies afines. En esta tarea muchos de estos pueblos ponen un formidable empeño, así como en crear un vocabulario que nombre las diversas partes de los seres vivos.

La antropóloga francesa Germaine Dieterlen, que estudió a los dogón de Mali, halló que este pueblo distribuía los vegetales en 22 familias principales, algunas de las cuales subdividían a su vez en otros 11 subgrupos. Harold C. Conklin, dedicado al estudio de los hanunóo de Filipinas, comprobó que clasificaban a las aves de su entorno en 75 categorías diferentes, que llevaban un censo de 461 grupos zoológicos y que para describir las partes constitutivas y las propiedades de los vegetales utilizaban más de 150 términos. Los aimaras, investigados por W. La Barre, eran capaces de distinguir más de 250 variedades del género *Solanum*. De la seriedad

con que los guaraníes se tomaban la tarea de denominar a animales y plantas fue testigo el antropólogo J. G. Dennler, quien observó que se organizaban consejos de tribu para fijar los términos que mejor correspondían a los caracteres de las especies, clasificando con mucha exactitud a los grupos y los subgrupos.

Muchas culturas tienen sus propios sistemas de clasificación de la flora y la fauna, en ocasiones muy sofisticados. El alcance de dichas clasificaciones, desde el punto de vista de la ciencia moderna, viene limitado por el hecho de que, por lo general, estos pueblos carecen de conceptos que comprendan grandes grupos, por ejemplo, el de los vertebrados. Para la mentalidad aborigen un pez y un pájaro, por ejemplo, son seres esencialmente diferentes y cada uno en su medio ocupa su propia categoría. Los estudios de la etnobotánica han permitido el conocimiento de innumerables plantas silvestres y sus usos en la sanación y otras aplicaciones, ancestrales para estos pueblos. Por desgracia, a menudo estos estudios han permitido a las grandes compañías farmacéuticas y químicas aprovecharse de esa sabiduría y patentar como propias sus aplicaciones.

● ●
Los pueblos aborígenes se consideran una parte más del medio natural. Tienen una visión animista del mundo que les rodea. Un mundo donde rocas, plantas, animales, tierra, cielo, agua están dotados de conciencia propia

Conexión con la Naturaleza

Los pueblos aborígenes viven plenamente integrados en el medio natural. De ahí que se consideren una parte más de él. Todas sus creencias se hallan profundamente impregnadas de una visión animista del mundo que les rodea. Rocas, plantas, animales, tierra, cielo, agua están para ellos dotados de alma o conciencia propia. Todos los seres viven en íntima conexión, sustentados por las fuerzas naturales y radicados en la Madre Tierra, que los aimaras llaman Pachamama. Entre los yoruba del Níger esta convicción impregna todos sus actos y pensamientos.

La naturaleza provee no sólo los medios de subsistencia sino también de sanación. Muchos pueblos reclaman su parentesco con animales, mediante el totemismo, o incluso plantas, y veneran montañas, cursos de agua y bosques. Hay ritos de restitución para compensar las vidas que los cazadores arrebatan. Y ofrendas de agradecimiento y propiciación. El chamán, hombre-medicina o como quiera llamarse tiene un papel fundamental como mediador o vehículo entre las fuerzas espirituales y el mundo humano.

Los bailes, el uso de máscaras y todo tipo de representaciones expresan un mundo diverso, rico y a la vez extraño para la mentalidad moderna. Sin embargo, la humanidad vivió durante milenios en ese mundo (que forma parte sustancial aún de millones de personas) y todo ese legado ha dejado sin duda, de una u otra forma, su huella en todos cuantos nos consideramos hoy civilizados.

Expresión artística

Las diversas manifestaciones artísticas de los pueblos aborígenes reflejan bien el conocimiento que tienen del mundo natural. Cerámica, cestería, armas, prendas de vestir, máscaras, esculturas, pinturas rupestres o tatuajes a menudo son una prolongación imaginativa, rica en colorido y formas sugestivas, del mundo religioso de estas gentes. Una expresión plástica de sus mitos y creencias, tan poblados de metáforas y de significados. Los ejemplos son múltiples. Alcanzan gran belleza en la cerámica que hopis y zuñis elaboran en el suroeste norteamericano. También en las representaciones de los pueblos de la Columbia británica, donde animales totémicos como el

cuervo, el oso o la ballena son profusamente representados en tallas, telas o artículos de cestería. Las máscaras de los pueblos africanos, como los dogón o los fang, o los tatuajes de los maoríes ofrecen un rico repertorio de representaciones zoomorfas. Asimismo encontramos registrada la fauna de modo muy expresivo en las pinturas rupestres de los san y de los aborígenes australianos.

Plasmadas sus imágenes en objetos de uso cotidiano o en otros de significado ritual, todas ellas revelan un sentido estético notable, que ejerció su influencia en las vanguardias artísticas, en figuras tan destacadas como Picasso, Archipenko, Modigliani o Gauguin, entre otros.



Representación de un oso realizada por pueblos aborígenes del noroeste de Norteamérica

La supervivencia de los pueblos aborígenes

Todos los pueblos aborígenes se encuentran, en mayor o menor medida, acosados hoy por los valores, los intereses y las urgencias del mundo moderno. Presiones políticas, geoestratégicas y económicas amenazan no sólo la continuidad de sus culturas, sino también la propia supervivencia de sus poblaciones.

Los san se han visto confinados en territorios desérticos donde el gobierno de Bostwana les niega hasta el uso de los escasos pozos de agua existentes. Los masai han perdido muchas de sus tierras ancestrales. Las tribus ama-

zónicas están siendo diezmadas por quienes ansían destruir la selva para convertirla en pastos, plantaciones de monocultivo o explotaciones mineras o petrolíferas. Las poblaciones de Sulawesi o Irian Jaya son víctimas de una política de trasplante forzado de población javanesa por el gobierno indonesio. Por su parte, muchos pueblos autóctonos norteamericanos malviven en reservas depauperadas donde el alcoholismo y la desocupación se ceba en sus jóvenes. Son sólo algunos casos de las múltiples agresiones que estos pueblos sufren.

El tiempo corre en su contra. Pese a la constitución de organizaciones y foros en todo el

mundo que tratan de unir sus voces a favor de sus derechos. A despecho de tantos discursos demagógicos del populismo indigenista en América Latina. Y de tantas declaraciones tan bienintencionadas como a menudo poco eficaces.

Además del valor intrínseco de tantos aspectos de su cultura (integración en el medio, espiritualidad, espíritu comunitario, etc.) y de la obligación moral y humana de salvaguardar sus vidas, estos pueblos acaso sean la última esperanza para proteger parajes naturales que son auténticos paraísos de biodiversidad y tienen un valor científico, estético y cultural incalculable.

Para saber más

O. La Fargue, *Indios americanos*. Ediciones Gaisa. 1968.

C. Levi-Strauss, *El pensamiento salvaje*. Fondo de Cultura Económica. 1964.

El contacto con la naturaleza. El conocimiento del medio natural de los pueblos aborígenes en [YouTube](#)

Campamento piegan, tribu de los "pies negros". Imagen tomada por Edward S. Curtis en 1900



● ●
Los pueblos aborígenes son, en relación a su contexto, un ejemplo de cómo nuestra especie es capaz de sobreponerse a todos los obstáculos y hallar soluciones creativas y geniales a los problemas más variados